

CRISTÓBAL.—Estoy bien así...

MANOLO.—¡¡Levanta, cochino!!

CRISTÓBAL.—(*Se levanta súbito, pero instantáneamente se domina y sonríe.*)—¡¡¡Ya estoy!!! Ya... ya..., ya estoy.

MANOLO.—Pues vamos claros a rematar el asunto de una vez. Tú peleador no eres, pero tampoco eres ratón de fayado para correr con el primer susto. ¿Quién te sopló los cambios? ¿Quién, Cristobalón, quién?

CRISTÓBAL.—Nadie. Arrepentíme yo solo.

MANOLO.—¡Mientes! Fué la Sabela. ¿Vino a llorarte, verdad? Y tú me perdonas por ella..., y más por lo que tengáis vosotros.

CRISTÓBAL.—¡¡Nada, nada; absolutamente nada!!

MANOLO.—Después arreglaré lo de ella... ¡¡y bien arreglado!! Ahora lo tuyo es más de prisa. Yo no vivo de lástimas..., ¿sabes? Y mis asuntos con los hombres los manejo yo de hombre..., ¿sabes?

Agarrándolo por las solapas y sacudiéndolo.

¡Y si tú lo eres, te arrancas ahora mismo!

CRISTÓBAL.—No.

MANOLO.—¡Anda, cobardón, anda!

CRISTÓBAL.—¡No!

MANOLO.—¡Que no te pego de asco que me das!... ¡Anda, hom!

CRISTÓBAL.—¡¡No!!

MANOLO.—¿No eres hombre, Cristobalón? ¡¡Pues

de cobarde te quedas, y de sapo y de asqueroso!

Lo suelta, dándole un nuevo empujón.

CRISTÓBAL.—(*Tambaleándose, más que del empujón, de su propia voluntad, que lo aniquila y lo hace pedazos, va a caer sobre el banco.*)—¡¡No!!

MANOLO.—Y vosotros..., jeh, los amigos!..., cuando volváis a llevar pregón por las aldeas no vos metáis en la de Cambre, que han de *corrervos* a escupitinazos. Vaya, abur...

Mutis por la puerta.

ESCENA XV

Dichos, menos MANOLO.

LUCAS.—¡Quedaste bien marranamente, hombre!

JOSÉ.—Mismo como un puerco.

PACORRO.—Y más aún peor, que cuando no se tiene cara después, no se echa primero los desafíos por los aires.

LUCAS.—Te van a tirar piedras por las corredoiras los rapaces..., y no digamos los mayores, que de cobarde ya no hay quien te levante por los días de tu vida.

PACORRO.—De cobarde y de todo lo que aguantó de sapo y de asqueroso..., ¡que da miseria estar donde tú *esteas!*

PIUCA.—No seáis malos, hombres..., ¡y no retorzáis más las entrañas a quien ya se duele de otros dolores!

LUCAS.—Pues sigue tú con él, si eres de ese gusto, que a nosotros se nos hace de menos el estar junto de éste.

JOSÉ.—Vámonos, sí...

PACORRO.—Con nosotros no cuentes más, ¿eh?, cobardón...

Mutis los tres por el foro.

ESCENA XVI

PIUCA y CRISTOBALÓN.

PIUCA.—Sufrido no eras... Para que hoy aguantes la apariencia has de tener el corazón muy lleno de espinas. ¿Te pidieron que perdonaras, verdad, te lo pidieron?

CRISTÓBAL.—No...

PIUCA.—Dímelo a mí, que pondré tu secreto muy guardado.

CRISTÓBAL.—Fuí yo solo...

PIUCA.—Anda, dímelo, que aun siendo para mis adentros, yo quisiera ver tu fama muy limpia.

CRISTÓBAL.—Gracias, Piuca... Pero al darlo todo, también di la fama para que la pisotearan. No me la devuelvas, que para nada la necesito ya.

PIUCA.—Eso es que aún te persigue el embrujamiento.

CRISTÓBAL.—Deja en paz ahora ese mentir. ¿A qué buscas demonios del infierno para explicarnos lo que me pasa? Entre dos hombres..., ¿qué mayor demonio habrá que una mujer?

PIUCA.—¡La Sabela!

CRISTÓBAL.—Quien sea... Y si quieres contar lo sucedido, pero contarlo en verdad, no digas que fuí cobarde con un hombre: di que fuí cobarde por una mujer. Viene a ser la misma cosa, la misma vergüenza y el mismo desprecio... ¡Pero no es la misma cobardía! ¡No lo es!

PIUCA.—Claro que no.

CRISTÓBAL.—No lo es, Piuquiña. Eso lo sabe Dios muy bien sabido..., ¡y yo también!, pero no me vale de nada.

ESCENA XVII

Dichos; SABELA y MANOLO.

MANOLO.—(*Trayendo de un brazo a la SABELA.*) Ven para acá, que nos explicamos mejor con menos gente. ¿Qué haces tú aquí?

SABELA.—Para ver lo que pasaba entre aquél y tú...

MANOLO.—¿Qué más?

SABELA.—Nada.

MANOLO.—(*Riendo.*)—¿Nada, eh? Maliciado ya venía desde que hablara con ese cochino del Cristóbal, pero además ahora me lo certificaron. ¡Ya sé que hubo una buena parranda de conversación, ya! ¡Y tu suerte fué no pillarte de momento, que si te pilló en el pronto, vas a patadas por la feria adelante. Y aun ahora puede que te las dea.

PIUCA.—(*A CRISTÓBAL, que hace un movimiento*

brusco.)—Déjate quieto, déjate, que es sólo un hablar...

SABELA.—No tienes motivo para tratarme a malas...

MANOLO.—Confesión tuya no la espero. En esa *bobería* no caigo yo.

SABELA.—Si fué de malicia, te equivocaron el cuento.

MANOLO.—Y entonces... ¿de qué fué la conversación?

SABELA.—A pedirle que no riñera...

MANOLO.—¿Con qué derecho le pides tú a él? ¿Y él con qué obligación te escucha a ti? ¡Contesta!

SABELA.—Por amistad nada más.

MANOLO.—(Riendo.)—¡Pues tiene mérito ese hombre!... Desafiar a muerte..., ¡que ya es algo, eh!, y después *revirarse* y quedar como un sapo. ¿Y todo ello por lo amistoso nada más? Es mérito de hombre, es...; pero hacen falta mayores tragaderas que las mías.

SABELA.—Tú lo crearás... o no lo crearás, ¡pero así Dios me salve como no hay otra razón!

MANOLO.—(Riendo.)—Ya es bastante...

SABELA.—Y tú no puedes dudar de mi palabra, Manolo, que bien ligada estoy a ella y a ti.

MANOLO.—De esos ligados vi soltarse muchas.

SABELA.—¡Pero yo no soy de esas!

MANOLO.—No. Tú eres de las que hablan con

uno... y a espaldas vienes a hablar con otro. ¡Nada más que ese poquito eres tú!

Riendo.

Nada más. ¡Y cuando entre los dos hay echado un desafío mortal...!

Sacudiéndola.

¡¡Aún es poco, ladrona!!

SABELA.—¡¡Manolo!!

PIUCA.—(A CRISTÓBAL, que hace ademán de levantarse.)—Déixate estar, Cristobaliño, que *non e mais que un explicarse*...

MANOLO.—(Que la dejó en seguida.)—Pero acabemos en paz, que no quiero ponerte la mano en cima. Y por mí puedes buscar al otro ya desde ahora, que libre te dejo.

SABELA.—¡No basta!

MANOLO.—Ya verás si basta. Pensaba en irme a la América y volver para cumplir contigo, pero ya me voy y no vuelvo.

SABELA.—¡Me debes palabra!

MANOLO.—Que la cumpla el otro.

SABELA.—¡No tiene por qué!

MANOLO.—Mas que no tenga; es de buen conformar el Cristobalón.

SABELA.—¡Pero yo no!

MANOLO.—Pues tú sabrás lo que haces, que mi dicho ya está dicho. Conque... buena suerte y salud.

Marcha.

SABELA.—(*Deteniéndole.*)—¡Por la Virgen Santísima, Manolo!

MANOLO.—¡¡Tendrá más cuenta no ponerle fuego a la sangre!! ¿Eh?... Deja marchar, Sabela...

SABELA.—¡No dejo!

MANOLO.—Mira que adelantar no se adelanta ya con las peticiones. Suelta por las buenas...

SABELA.—¡No suelto! ¡Contigo voy más que sea a rastras!

MANOLO.—¡Ya estás soltando si no quieres que te dé un mal golpe!

SABELA.—(*Abrazándose a él.*)—¡Manolo!

MANOLO.—¡Suelta, Sabela!

SABELA.—¡Nunca!...

MANOLO.—(*Forcejeando y marchando.*)—¡¡Suelta de una vez!!

SABELA.—¡Primero me matan!

MANOLO.—¡¡Pues también te mato!!

Con una mano la separa y con la otra hace ademán de sacar un arma.

SABELA.—(*Dando un grito ahogado, de terror.*)—
¡¡¡Ay!!!...

ESCENA XVIII

Dichos; MONTA N'A ESCOBA, por el foro.

CRISTÓBAL.—(*Se levanta de un brinco y acude.*)—
¡¡Aun no!!

MANOLO.—(*Sin soltar a la SABELA.*)—¡¡Al acecho estabas, ¿eh?, Cristobalón!!

CRISTÓBAL.—(*Amenazador.*)—Cúmplele tu palabra a la Sabela, Manolo.

MANOLO.—No pienso.

CRISTÓBAL.—¿Por qué?

MANOLO.—Porque no me da la gana..., ¿sabes? Porque ya no la quiero ni me importa..., ¿sabes? Y como no la quiero, tiro con ella.

Le da un empujón y SABELA va a caer en manos de CRISTÓBAL, que la estrecha en ellos, como dándole un refugio.

MONTA.—...y la mujer que tú quieras, en tus brazos la has de ver...

MANOLO.—Pero a ti veo que te apetecen las sobras... Pues si te gustan ahí las tienes, Cristobalón, que esa mujer ya no es nada mío, ni yo soy nada de ella.

En el fondo lejano de las nubes negras se enciende la luz viva del arco iris.

CRISTÓBAL.—(*Apartando suavemente a SABELA.*)—
¿Has oído, Sabela? Dice que no es nada tuyo.

SABELA.—(*Con altivez.*)—¡Nada ya! ¡Si no hubiera más pan que el de su mano, de hambre me moría!

CRISTÓBAL.—¿Nada? Dilo otra vez, dilo.

SABELA.—¡Nada!

MANOLO.—Mucho me gusta el escucharlo.

CRISTÓBAL.—¡Mucho! ¿No eres de la Sabela, Manolo?

MANOLO.—No,

CRISTÓBAL.—¡¡Pues entonces, Manolo, ya eres mío!!

MANOLO.—Eso aun hay que verlo todavía.

CRISTÓBAL.—Pues vamos verlo, vamos.

MANOLO.—Cuando quieras.

CRISTÓBAL.—Ahora. ¿Estás?

MANOLO.—Estoy.

MANOLO avanza despacio, tanteando el golpe, hasta que le echa las manos al cuello. CRISTÓBAL, que aguardó inmóvil y sonriente, le deja un instante apretar, y de pronto, sin esfuerzo aparente, le coge una mano, torciéndola, hasta que el dolor le hace soltar, doblando el cuerpo. Entonces, rápido e inesperado, le echa las manos al cuello y lo ahoga.

MONTA.—... y no habrá nunca hombre nacido que te pueda por las malas...

SABELA.—¡¡Qué has hecho, Cristóbal!!

CRISTÓBAL.—Cumplir mi promesa. ¡Cuando no fuera tuyo... ¡ya era mío!

MONTA.—Los sinos no mienten... ¿Lo ves, Cristobaliño, lo ves?

PIUCA.—¡Escapa, Cristóbal!

Empieza a caer lento el telón.

SABELA.—¡Escapa, escapa!

CRISTÓBAL.—¿Para qué? Yo no escapo.

SABELA.—¡Que puede venir la justicia!

CRISTÓBAL.—Pues cuando venga, también aquí

verá justicia. Yo no escapo. ¡¡Hombres de Oleiros!!
¡¡Hombres de Cambre!! ¡¡¡U...u...u...uy!!!

MONTA N'A ESCOBA se quita el mantelo o el pañuelo del pecho y cubre la cara del MANOLO. SABELA y PIUCA quedan suplicando al CRISTÓBAL.

TELON